

EL PROCESO DE TRANSFORMACION DE LAS SOCIEDADES INDIGENAS DE LA PERIFERIA TARTESICA

Manuel Carrilero Millán

Campus Universitario de Almería

I. Introducción.

Pretendemos con este trabajo indagar sobre el proceso de transformación social que experimentan las poblaciones postargáricas del Bronce Final en la Alta Andalucía y el Sureste, que no es otra cosa que el paso de sociedades basadas en el dominio de las relaciones de parentesco a sociedades jerarquizadas y de clases como son los estados ibéricos. Se trataría pues de una oscilación multilineal que se produce con la crisis del mundo argárico y la aparición de comunidades no cohesionadas entre sí bajo forma política alguna.

El espacio geográfico incluiría en este estudio el territorio del Sur peninsular periférico a la formación social que denominamos tartésica, por tanto al tratarse de un territorio tan amplio nos vemos obligados a ceñirnos a zonas concretas como el Sureste, la Serranía de Ronda y la campiña de Córdoba, sitios donde hemos realizado trabajos de campo, para dar una visión contrastadora y general de la dinámica de estas sociedades.

El análisis engloba las perspectivas sincrónica y diacrónica de las sociedades que estudiamos para comprobar las variantes que se producen y

los mecanismos que las generaron. Según nos dice J. Friedman (1977:182) dentro de esta perspectiva la historia es incorporada al campo del análisis en vez de quedar relegada en el mismo; de tal manera que el flujo de los acontecimientos deja de existir como un fenómeno autónomo ya que éste puede ser derivado de las cualidades del propio sistema de reproducción social.

Hecha esta declaración de intenciones previa pasamos a realizar un breve estudio historiográfico sobre los autores que han incluido estas zonas en sus obras y vamos a distinguir diversas fases en la historia de la investigación con características peculiares cada una que vienen dadas por los modelos de racionalidad científica utilizados en sus investigaciones, siguiendo la periodización de M. Picazo y M.E. Sanahuja (1987: 22 ss.).

II. La escuela tradicional.

En primer lugar englobamos al grupo de investigadores de finales del siglo XIX y primera mitad del XX que denominamos convencionalmente tradicionales. En este apartado se incluye Luis Siret y sus obras relacionadas con el Sureste de la Península, donde da a conocer distintas necrópolis: Qurénima, Caldero de Mojácar, Parazuelos y Barranco Hondo, así como hallazgos sueltos de Los Millares, Arroyomolinos en Jaén y Campotéjar en Granada (Siret y Siret, 1890). En sus primeras obras *L'Espagne préhistorique* (1893) y *Las Edades del metal...* (1890), Siret mantiene que el final de la Edad del Bronce, para él la cultura de El Argar, es destruida y desaparece por la invasión de un pueblo nuevo. Esto explicaría la escasa existencia de restos de esta época: algunas hachas de talón y las sepulturas de las necrópolis donde se dan incineraciones e inhumaciones así como urnas con huesos y objetos de adorno de ajuar; él las puso en relación a nivel cronológico con las necrópolis fenicias que había excavado en Villaricos y que consideraba de la Edad del Hierro.

Luis Siret sostenía que la Península Ibérica había sido un lugar donde desde la Prehistoria reciente habían afluído numerosos pueblos europeos y mediterráneos atraídos por sus riquezas mineras. En obras posteriores, (1913: 333) rectificó la atribución de algunos de sus hallazgos y los consideró del Bronce Final o comienzos del Hierro Antiguo. Tras la

floreciente cultura argárica los cambios más importantes que se van a producir en el Sureste son:

1. Abandono de las acrópolis argáricas, ocupación de lugares fácilmente accesibles y escasez de restos documentados.

2. Cambio de ritual funerario: inhumación por incineración.

3. Proliferación de depósitos y escondrijos de objetos de metal.

4. Aparición de auténtico bronce, lo que implica un progreso considerable a nivel técnico. Las necrópolis descubiertas en el Sureste son atribuidas al final de la Edad del Bronce y a una cultura local que sitúa entre El Argar y la cultura ibérica (1913: 408).

El investigador catalán P. Bosch Gimpera (1935: 23-24) también se interesó por este tema y atribuyó las necrópolis de incineración del Sureste a influencias de los campos de urnas del Noreste peninsular. Pero al darles una cronología relativamente baja, siglos VII-VI a.C., dejaba un vacío muy amplio entre el final del Argar y el inicio de las incineraciones. Este vacío fue intentado llenar por distintos hallazgos metálicos de escondrijos del Bronce Final, pero la falla cronológica existente era muy amplia.

Tras estos intentos de Siret y Bosch se propusieron distintos modelos explicativos a este periodo aún por definir en el Sureste que podemos sintetizar en dos, siguiendo el trabajo de M. Picazo y E. Sanahuja (1987: 22-23).

1). El modelo más aceptado, que combina tres variables relacionadas entre sí pero con distinto valor según los autores:

a) Perduración del Argar durante parte del I milenio.

b) Penetración de elementos étnicos y materiales de la Europa continental, ya sea de procedencia de los Túmulo, ya sea de los campos de urnas.

c) Impacto provocado por contactos con los colonizadores fenicios.

Las consecuencias de estas relaciones serían la formación de la cultura ibérica. A partir de estos momentos se tenía una concepción inductiva de la investigación según la cual hablaban los hechos, o en este caso los datos. Por ejemplo J. Martínez Santa-Olalla dedujo de unos fragmentos de cerámica

de boquique y excisión, que documentaban el asentamiento de pueblos europeos de la Cultura de los Túmulos en el Sureste, estos habían penetrado en el I milenio a.C. en la Península unificándola en una cultura del Bronce Atlántico a la que sucede o sobre la que incide la primera Edad del Hierro (1947:155).

En cambio, para M. Almagro Basch las necrópolis de incineración del Sureste serían una prueba palpable de la conquista y asimilación céltica de la zona, concretamente del periodo Hallstatt D, que había acabado con la cultura argárica en el siglo VIII a.C. (1952: 204-206).

Maluquer de Motes por su parte no comparte las opiniones de Almagro y relaciona las incineraciones del Sureste no con los campos de urnas catalanes sino con los grupos del Ebro Medio, con poblados como el de Cortes de Navarra que él había estudiado. Las fechas que da son del siglo VII a.C. ya que sostenía que primero existe una proyección de estos grupos hacia la Meseta y desde aquí al Sureste (1955: 250 ss.)

2) El segundo modelo explicativo lo dio E. Macwhite (1951: 129), cuando tras criticar a Santa-Olalla sostiene una perduración de la cultura argárica sobre la que incidirían los colonizadores orientales descartando el llamado Bronce Atlántico, las influencias hallstáticas o los campos de urnas en el Sureste y Levante peninsular. Según este autor El Argar perdura hasta la plena iberización.

Por último, Maluquer intentó explicar en su obra sobre Tartessos la ascensión del valle bajo del Guadalquivir con el nacimiento de Tartessos y el retroceso que conoce el Sureste, sosteniendo que tras los ensayos de aleaciones arsenicales con la introducción del estaño, las zonas occidentales de la península adquirieron un interés renovado y lentamente el foco cultural del Sureste se traslada al Suroeste. La explicación sería que, aunque las riquezas de cobre y plata del Sureste era de igual importancia que la del valle del Guadalquivir, sin embargo esta zona se encontraba más cercana a los criaderos de estaño occidentales. Debido a esta razón puramente económica la cuenca del Guadalquivir se convierte en foco de atracción aumentando su población en detrimento del Sureste (1970:55).

La coherencia de esta teorías que hemos expuesto a pesar de la variabilidad de posiciones y tendencias, viene dada por sus criterios de racionalidad, contruidos sobre una noción de certeza según la cual sólo

sería verdadero lo observable y unos criterios normativos de satisfacción de ésta. En consecuencia, la metodología que guía a estas investigaciones es una metodología historicista caracterizada por prácticas subjetivas que utiliza el difusionismo como modelo explicativo del cambio cultural. Puesto que sólo es verdad lo observable, al no existir criterio de cantidad alguno, la especulación como hemos visto llega a límites insospechados; a veces la falta de evidencias sirve de argumento para prolongar una cultura (caso de Macwhite) o unos fragmentos cerámicos sirven para documentar un pueblo (Santa-Olalla).

La consecuencia es un modelo historicista en que raza y cultura se identifican y la carencia de documentación es aprovechada para todo tipo de especulaciones. A nivel antropológico esta tendencia antievolucionista ha recibido el nombre de Particularismo Histórico y su estrategia en la investigación es una estrategia inductiva estrecha que va de la observación y descripción de los datos a la interpretación de los mismos por medio de la inducción. En esta tendencia no existe teoría previa que guíe la recogida de datos en el registro arqueológico, ya que es la acumulación de datos y el propio registro el que dará esta teoría y explique la historia (Martínez Navarrete, 1989: 18-20).

III. El modelo empirista: la investigación en los 60 y los 70.

La siguiente fase de la investigación comprende la década de los 60 y la de los 70 en que con una mayor documentación basada en las excavaciones arqueológicas se creará un marco cronológico y cultural a los grupos "protohistóricos" del Sur peninsular, pero el modelo explicativo basado en el Particularismo Histórico y el difusionismo seguirá vigente.

Los profesores W. Schüle y M. Pellicer emprendieron excavaciones en el Cerro del Real de Galera al tiempo que el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada iniciaba excavaciones en Cuesta del Negro, Monachil, Cerro de los Infantes y Cerro de la Mora en tierras granadinas, y Cabezuelos en Jaén. Por su parte, C. Martínez Padilla y su equipo excavaban el Peñón de la Reina en Alboloduy (Almería), al tiempo que el Instituto Arqueológico Alemán descubría los asentamientos fenicios más antiguos en la costa de Málaga. A este panorama se une la excavación de la necrópolis de Villaricos, los sondeos en Abdera y los primeros symposia

y congresos dedicados a Tartessos, las colonizaciones y la formación el mundo ibérico en general.

En este periodo de tiempo se va clarificando bastante el panorama, al menos a nivel arqueográfico (secuencias culturales, estratigrafías, etc.) aunque a nivel metodológico sigue sin aparecer una teoría consciente y explícita que guíe la práctica arqueológica. De ahí que la inducción como modelo de análisis se apoye en la difusión como modelo explicativo y se hable de precolonización, aculturación, pueblos pastores de la Meseta, influencias y relaciones no concretadas más que en fósiles guía, fundamentalmente cerámicas y una dependencia casi total del Sureste y Alta Andalucía del área de Tartessos o de los colonizadores orientales.

En este sentido los estudios de este periodo estuvieron encaminados a documentar estratigráficamente las fases o periodos históricos que se sucedían desde el final del Argar hasta la cultura ibérica. Así por ejemplo en el Cerro del Real se distinguieron dos fases postargáricas: Real I (1000-850 a.C.), la aparición de cerámicas bruñidas hizo relacionar este horizonte con el Bajo Guadalquivir; Real II (850-700 a.C.), horizonte protoibérico con las primeras cerámicas a torno (Pellicer y Schüle, 1966).

F. Molina González (1978: 199) realizó sus tesis de doctorado sobre el Bronce Final de la Alta Andalucía y propuso la siguiente periodización:

Bronce Final I. (Antiguo). Sucede al periodo convencional Bronce Tardío y se documenta en Monachil y Cerro del Real así como en algunas tumbas de incineración que Luis Siret encontró en Almería. Las fechas propuestas son 1100-850 a.C. y las características arqueográficas son fragmentos de Cogotas I, fuentes carenadas y brazaletes abiertos de bronce. Aparece el ritual de incineración que precede en dos siglos al de los colonizadores fenicios; en cambio las fíbulas de codo, el hacha de apéndices laterales y los escudos con escotaduras en V proceden del Mediterráneo Oriental: la fíbula de Palestina, las hachas de apéndices laterales de prototipos hititas y las hachas de talón serían de producción atlántica. Se mantiene pues una serie de rasgos de procedencia diversa para este momento histórico.

Bronce Final II. (Pleno). Documentado en Monachil, Cerro del Real, Cerro de los Infantes y la necrópolis de Los Patos en Linares, se fecha entre 850 y 750 a.C. y está caracterizado por la desaparición de las

cerámicas de Cogotas y la existencia de cerámicas con decoración pintada y cerámicas decoradas con retícula bruñida y con incrustaciones de bronce. Se establece pues un parecido formal con la cultura tartésica del Bajo Guadalquivir debido a su influencia a través de la vía de comunicación que supone el río. Los tipos metálicos más representativos serían las espadas de lengua de carpa que se inician en el siglo IX y las de tipo Sa Idda de Daifas y Alboloduy.

Bronce Final III (Reciente). Se documenta en el Cerro de la Encina e Monachil, Cerro del Real y Los Saladares entre 750 y el 600 a.C. Se caracteriza por las primeras cerámicas a torno que demuestran las influencias de las colonias fenicias de la costa mediterránea peninsular.

Destaquemos también la periodización de M. Almagro Gorbea (1986: 343) realizada recientemente en una obra de síntesis que continúa con el mismo modelo que estamos analizando:

Postargárico o Bronce Tardío (1350-1200 a.C.).

Bronce Final del Sudeste y Atlántico (1200-900 a.C.).

Protoorientalizante (900-740 a.C.).

Tartésico Orientalizante (740-570 a.C.).

Estas fases están caracterizadas por una serie de elementos materiales como son las influencias de Cogotas, de los Campos de Urnas o de los fenicios y griegos.

Por su parte O. Arteaga propuso una periodización más pormenorizada de la Alta Andalucía, Levante y Sureste apoyándose en sus propias excavaciones realizadas en esta zona (1982: 155). Tras la fase Bronce Tardío que engloba tanto el final del mundo argárico como el inicio del postargárico pasamos a ver los periodos siguientes que se hacen corresponder con horizontes culturales determinados por el mundo colonial fenicio y su influencia en el mundo indígena que crea la cultura ibérica:

Bronce Final Antiguo. Epoca Oscura (1000-900 a.C.)

Bronce Final Pleno. Horizonte Precolonial (900-825 a.C.)

Bronce Final Reciente. Horizonte Preibérico (825-725 a.C.)

Hierro Antiguo I, II y III. Horizonte Protoibérico (725-580 a.C.)

Hierro Segundo I, II y III. Horizonte Ibérico Antiguo, Pleno y Tardío (580-180 a.C.)

En los tres casos expuestos se trata de una aproximación cronológico-cultural referida a la periodización protohistórica del Sur peninsular, apareciendo ésta como un fin en sí misma. Así pues se trata de modelos empiristas entendiéndolos como el paso de la observación directa o la obtención de datos a la interpretación de los mismos, sin mediar una previa concepción epistemológica consciente que guiara esa recogida. En consecuencia estamos ante un claro idealismo positivista que pretende hacer generalizaciones a partir de los datos, constituyendo éstos el punto de partida, cuando en realidad los datos a nuestro entender son un proceso de síntesis, es decir, un resultado, o mejor, un punto de llegada (Cabo, 1988: 36).

Según Vicent (1982: 22) se inaugura así una etapa de confusionismo teórico-metodológico que aun perdura en la investigación, procedente del uso de categorías arqueológica puramente taxonómicas como instrumentos interpretativos de rango teórico. El ejemplo más evidente de esta situación es la imposibilidad de distinguir en este tipo de periodizaciones lo que son periodos tipológicos de verdaderas fases culturales o históricas, manejándose las clasificaciones tipológicas como si se tratase de fases culturales.

IV. Los nuevos modelos.

A partir de finales de la década de los 70 y comienzos de los 80 se inicia otra etapa en la investigación centrada en los procesos de cambio social, o dicho de otra manera, en el problema fundamental que tiene planteado de siempre la Prehistoria y su estudio de las sociedades primitivas: el cambio cultural. En este sentido se están llevando a cabo algunos proyectos de investigación centrados en la problemática de las sociedades protohistóricas del Bronce Final y su transformación en sociedades de clase, urbanas y estatales como sería la formación social ibérica. De estos proyectos es sin duda el de las campañas occidentales de Jaén dirigido por A. Ruiz y M. Molinos el que más repercusiones está teniendo al ofrecernos

un modelo de análisis explicitado con una lectura de evolución del patrón de asentamiento y las relaciones hombre-hombre y sus contradicciones como motor de este proceso.

En las campañas occidentales de Jaén se ha definido el proceso en términos crono-espaciales, distinguiéndose desde el siglo VII a.C. dos áreas de poblamiento diferenciadas:

a) Una en la vega del Guadalquivir con grandes *oppida* (más de 20 hectáreas) y asentamientos rurales en llano de escasa extensión.

b) Otra en la campiña que presenta sólo el *oppidum* como único sistema de organización territorial. Asociado a éste surgen en el siglo VI a.C. las torres y la construcción de algunas fortificaciones como Puente Tablas (Ruiz y Molinos, 1989: 130-131).

Las diferencias entre ambos patrones de asentamiento reflejarían dos modelos político-económicos distintos. Por un lado el modelo estatal tartésico reflejado en la ocupación de la vega del Guadalquivir, y por otro el modelo estatal de la campiña, que indica un modelo propio, ajeno al centro, creando una frontera cadena a base de torres. Esta frontera política está bien estructurada para sus lados Norte y Este (con el río Guadalbullón como límite) y para su zona Sur por la cadena de sierras, pero queda abierta en su lado Oeste, es decir con la actual campiña oriental de Córdoba, donde el modelo de ocupación existente es exactamente igual que el de la vega del Guadalquivir jienense.

Queremos plantear aquí una serie de problemas que nos sugiere el modelo analizado en la campiña occidental de Jaén. En primer lugar el proceso de formación de los *oppida* que existen en la campiña y vega del Guadalquivir queda sin explicitar, ya que el modelo está constituido desde, al menos, finales del siglo VII a.C. Por lo tanto, no queda suficientemente claro si el modelo de "estado" aristocrático tiene su lectura espacial en los *oppida* del siglo VII o si éste se formaliza a partir de la constitución del sistema de torres tipo Cazalilla (Ruiz et alii, 1983) y el sistema de fronteras antes señalado, es decir, ¿este estado surge cuando se desvincula de Tartessos, creando su propio modelo en el siglo VI a.C., o más bien éste ya existía desde el siglo VIII integrado en la esfera de Tartessos, del que ahora se desvincula?.

En cualquiera de los casos, el modelo de estado sólo queda explicado en parte ya que no está suficientemente claro si éste se basa en un territorio

político amplio integrado por la mayor parte de los *oppida* de la campiña occidental, lo que implicaría la existencia de un centro político principal, si cada *oppidum* constituye un estado independiente con su propio territorio y su propio sistema de defensa (*turris*) o si existen varios estados integrados por un número variable de *oppida* con fronteras más o menos definidas y centros políticos principales. Al faltar este tipo de matizaciones, la frontera señalada entre la vega y la campiña no define ninguna de las estructuras políticas constituidas a ambos lados y queda sin aclarar todo el flanco Oeste que enlaza con la campiña de Córdoba.

Pero el modelo de patrón de asentamiento propuesto para Jaén se continúa en Córdoba aunque con algunas matizaciones que vamos a destacar. En primer lugar el patrón de asentamiento en esta zona a lo largo de los siglos VIII-VI a.C. indica una presencia de asentamientos rurales con la particularidad de que esta presencia es especialmente notoria en las tierras colindantes con la campiña occidental de Jaén con un total de 30 yacimientos (Morena, 1990: 471-486) y con un grupo numeroso entre Torreparedones-Cabezo de Córdoba y valle del Guadajoz (Carrilero, en prensa). Es decir, una gran parte de estos asentamientos se localizan en el valle del Arroyo Salado de Porcuna, concretamente en su afluente izquierdo, el Arroyo del Algarbe, por lo tanto se abre una discontinuidad en el patrón de asentamiento entre aquella zona y ésta difícil de comprender, más cuando observamos que algunos de estos asentamientos rurales empiezan a documentarse en la propia campiña occidental de Jaén (Ruiz et alii, 1987: 139-147).

Por otro lado, la aparición de fuertes murallas en los centros orientalizantes de la campiña -sólo pretendemos señalar con "orientalizante" un marco temporal convencional que abarca desde finales del siglo VIII hasta el siglo VI a.C.- indica al menos para el caso del único centro excavado de la campiña de Córdoba, Torreparedones (Cunliffe y Fernández, 1987: 199), que este hecho tiene lugar a mediados del siglo VI a.C. y para el caso de Puente Tablas también (Ruiz, 1987: 12), lo que de momento deja en el aire al menos desde un punto de vista formal, la existencia de *oppida* durante el siglo VIII-VII a.C.

Finalmente, y a nivel puramente teórico, compartimos la idea de que el *oppidum* sea el centro político, social y económico desde donde se dirige la economía del territorio que se explota y citando a A. Ruiz (1987: 14) "la ciudad por tanto sólo es definible cuando lo es su territorio político, es

decir, cuando jerarquías políticas y económicas entre asentamientos, articulaciones funcionales (estratégicas o de otro tipo) y compensaciones son asequibles en la lectura del patrón de asentamiento, lo que viene a corroborar que el excedente, la división del trabajo y el no productor deben de existir paralelamente a la representación espacial urbana. Es decir, sólo la estructura de estado y en consecuencia la ruptura de las relaciones segmentarias entre asentamientos hace posible la existencia de la ciudad". Este planteamiento teórico que supera los criterios idealistas y subjetivos que definían la ciudad atendiendo a criterios múltiples (gran tamaño, urbanización, existencia de edificios públicos, etc.) sólo es constatable arqueológicamente en las campiñas de Jaén y por extensión de Córdoba a partir del siglo VI a.C. No obstante, el cambio de las estructuras sociales puede tener una lectura no materializada inmediatamente en el registro arqueológico necesitando pues un periodo de acoplamiento, así como también es posible que el fenómeno que estamos describiendo sea anterior en un siglo a nuestra propuesta, pero esto depende más de un afinamiento en las cronologías barajadas que de una lectura teórica distinta.

V. Aproximación a los grupos protohistóricos de la periferia tartésica.

Hechas estas aclaraciones previas pasamos a hacer una aproximación a los grupos protohistóricos de la periferia tartésica en la Campiña de Córdoba, el Sureste peninsular y la Serranía de Ronda como ejemplo de los procesos de cambio social en estas poblaciones.

La Campiña de Córdoba

Partiendo de unos presupuestos teóricos basados en el materialismo histórico hemos realizado una lectura paralela del registro arqueológico de las campiñas del valle medio del Guadalquivir, al Sur de Córdoba, en relación con el periodo convencional orientalizante y con la formación de los *oppida* ibéricos.

Así pues entre los siglos VIII y VI a.C. proliferan por las llanuras de la campiña una serie de asentamientos siempre inferiores a una hectárea en

las tierras más productivas de la misma y cercanos a fuentes de agua. En total conocemos una veintena de estos yacimientos en las cercanías de Castro del Río, aunque como hemos visto, prospecciones realizadas al Norte del valle del río indican que este tipo de asentamientos es mayoritario en amplias zonas de la Baja Campiña cordobesa (Morena, 1990). Estas aldeas de escasa extensión y aparentemente sin amurallar, contrastan con los grandes poblados orientalizantes que existen en la Campiña: Ategua, Torreparedones, Castro del Río, Izcar y Espejo. También hemos observado que el material cerámico procedente de estos lugares contiene gran cantidad de cerámicas a mano y tipos que raramente pueden fecharse en el siglo V a.C. De ahí que hayamos propuesto un abandono de los mismos a lo largo del siglo VI, periodo que coincide con el amurallamiento de los grandes núcleos orientalizantes y el consiguiente cambio del patrón de asentamiento.

Nuestra propuesta de este proceso en la Campiña de Córdoba supone entender a estos grupos orientalizantes como sociedades no de clases, inmersas en un territorio segmentario donde las relaciones de parentesco actúan como organizadoras de la producción y el intercambio y donde estos poblados pequeños se han podido formar por la progresiva segmentación de los grupos parentales. La existencia de grupos de rango "aristocráticos" que indican las estelas decoradas o algunas tumbas y ajuares, no implican necesariamente una sociedad de clases, antes bien parecen responder a grupos de estatus de carácter guerrero cuyo rango puede ser adquirido pero no heredado.

En este contexto los poblados pequeños son una continuación de otros documentados en menor proporción del Bronce Final precolonial, aunque el crecimiento demográfico natural crea una contradicción importante entre el sistema productivo y la población cuya solución está en la segmentación de los grupos y en la colonización de nuevas tierras. Este proceso de segmentación y ocupación cada vez mayor del suelo de la campiña supone la reproducción de un sistema que momentáneamente resuelve sus contradicciones hasta que el conflicto entre grupos da lugar a un cambio importante en la estrategia de ocupación y explotación del medio.

Por un lado, el avance tecnológico que supone la introducción del hierro no tiene su efecto, al menos constatado arqueológicamente, hasta finales del siglo VI a.C. De igual forma podríamos hablar del cambio del patrón micro-espacial de los asentamientos: grandes cabañas redondas *versus* casas cuadradas, casas cuadradas *versus* edificios aglutinantes

(Aguayo et alii, 1986). Finalmente el torno del alfarero se va imponiendo progresivamente desde el siglo VIII hasta el VII siendo ya residuales las cerámicas a mano que se fabrican durante el siglo V. Estos cambios constatados: desarrollo de las fuerzas productivas, avance técnico de los medios de producción, de los patrones urbanísticos, aparición de la producción artesanal con especialistas a tiempo completo y un mayor intercambio, llevan acompañado un desajuste con las relaciones de producción. Así pues posiblemente estemos asistiendo a la transformación de las estructuras parentales en relaciones de clase, donde los antiguos rangos parentales o jefes de linaje se transforman en una aristocracia cerrada que impone unas nuevas relaciones basadas en el clientelismo o en cualquier otro tipo de dependencia personal.

La contradicción interna de la sociedad del siglo VIII-VI a.C. estaba manifiesta en un sistema segmentario llevado a sus máximas consecuencias de expansión y ocupación territorial, provocando un enfrentamiento abierto entre las propias comunidades, que refuerza la capacidad y el liderazgo de los grupos militares, una inseguridad de la población que emigra hacia los centros más seguros y una capitalización por parte de estos grupos de rango de los conflictos intergrupales. Ello traerá consigo un desarrollo de los sistemas defensivos y la revitalización de pequeñas aldeas situadas estratégicamente, que ahora se fortifican. Es este el proceso que llevaría a la creación del *oppidum* como centro de un territorio político y los recintos más antiguos como núcleos estratégicos dependientes de los primeros. Este sería el caso del Cabezo de Córdoba y Jardón situados entre el valle del Guadajoz y la Campiña Oriental cordobesa.

Este primer nivel de cambio opera exclusivamente a nivel interno de la formación social que analizamos, no obstante, otra inadecuación entre niveles organizativos de la formación social orientalizante es constatable a lo largo de los siglos VIII-VI a.C. en el valle medio del Guadajoz. Esta contradicción viene dada por el intento de reproducción de un modo de producción doméstico basado en una producción plenamente dedicada al consumo propio y un desajuste estructural en este sistema motivado por el avance tecnológico, el intercambio destinado a una mayor demanda de objetos de prestigio y el interés por intensificar la producción que muestran los grupos emergentes que capitalizan el conflicto inter-comunal. Esa adecuación o ajuste da lugar a una sociedad diametralmente opuesta a la conocida en el Bronce Final, ya que el modelo que surge es claramente de

tipo estatal, es decir, este proceso de transición de una sociedad segmentaria a una sociedad de clases viene a consolidar un aparato de Estado y un nivel político para reproducir la explotación (Nocete, 1984: 299).

Factores internos y factores externos operan dialécticamente en la resolución de este conflicto social dentro de la formación social orientalizante que analizamos, no obstante, algunos autores han puesto el énfasis en causas externas como sería la colonización agrícola semita del valle del Guadalquivir (Wagner, 1983), modelo que se ha hecho extensivo para la campiña oriental de Córdoba (Morena, 1990), en términos de aculturación y asimilación cultural, siguiendo el modelo de ocupación colonial que estableció C.R. Whittaker para el Mediterráneo Central y sus sugerencias para la zona occidental (Whittaker, 1974: 75).

A partir de finales del siglo VI o comienzos del V encontramos en el valle del Guadajoz una serie de *oppida* de gran tamaño (entre 5 y 12 hectáreas) como Ategua, Espejo, Castro del Río, Izcar y Molinillos, mientras que en las tierras interiores en dirección a Jaén encontramos centros de gran tamaño (Torreparedones y Bollero) y otros intermedios de pequeño tamaño como Jardón o Cabezo de Córdoba, ambos con un carácter estratégico claro.

El cambio de patrón de asentamiento a lo largo del siglo VI en esta zona de la campiña, con los datos existentes en la actualidad se materializa en el paso de 70 asentamientos aproximadamente a 7 de gran tamaño, dos más reducidos y entre 30-40 torres en relación con los *oppida* definidos. Bien es verdad que muchos de estos recintos contienen materiales con un amplio margen cronológico que va desde el siglo V a.C. hasta el periodo imperial romano, con lo que resulta difícil integrar estas estructuras en el análisis espacial que realizamos. Estos asentamientos presentan unas distancias entre sí que oscilan entre 7 y 17 kilómetros, aunque esta última distancia queda reducida sensiblemente a una media de 8-10 al incluir los *oppida* de pequeño tamaño, lo cual viene a determinar que la zona de desplazamiento desde un *oppidum* al territorio inmediato sería como mucho 4 kilómetros, una distancia asequible a pie para un campesino, frecuencia exactamente igual que la documentada en Jaén. Pero además esta frecuencia en la organización del territorio ibérico en el valle medio del Guadajoz no se continúa en la margen izquierda del mismo, quedando un enorme vacío entre el *oppidum* de Torremorana en la Alta Campiña y Espejo en la parte más occidental con una distancia desde el Guadajoz a los primeros *oppida*

de la Alta Campiña que oscila entre 15 y 20 kilómetros, siendo oportuno señalar que estos centros nunca superan las 3 hectáreas de extensión (Almiáres, Fuente del Fresno, Plaza de Armas, Higuerón, etc.).

La disposición del *oppidum* de Castro del Río en el valle del Guadajoz, sea visibilidad alguna hacia el Norte y el Sur es exactamente la misma que la de Izcar y Molinillos, así pues relacionados con las fértiles tierras cuaternarias del valle y la vía de comunicación que ofrecía el río, mientras que la posición dominante de Torreparedones y Bollero permite establecer el control de territorios amplios por medio de un sistema de torres con visibilidad directa con el asentamiento principal y que ha llevado a configurar una propuesta de territorio político para el *oppidum* de Torreparedones en el periodo Ibérico Pleno (Murillo et alii, 1989: 170).

El Sureste

Es más bien poco lo que conocemos del Bronce Final anterior a la implantación de colonias fenicias en las costas del Sur peninsular y aunque no se ha excavado mucho la metodología que guiaba estas investigaciones, como hemos visto, estaba en función de la obtención de estratigrafías encaminadas a observar la evolución, permanencia y desaparición de fósiles-guías que aparentemente definían fases arqueológicas, en muchos casos identificadas con fases históricas.

Tras la fuerte jerarquización social que conocemos entre los grupos de la Edad del Bronce del Sureste, El Argar, se produce un bloqueo o estancamiento de estas comunidades hacia el final del II milenio a.C., constatándose según el registro con el que contamos una regresión en los patrones urbanísticos y en sus estructuras sociales que recuerdan periodos históricos mucho más antiguos. En estos momentos tras la crisis argárica son las relaciones de parentesco las que nuevamente emergen como dominantes y es en el seno de estos grupos donde se produce lo necesario para subsistir, infiriéndose pues unas estructuras sociales menos jerarquizadas que en el periodo anterior.

Este cambio no es más que la constatación de un desajuste estructural entre unas relaciones de producción de dependencia y un escaso desarrollo de las fuerzas productivas ya que la enorme presencia de especialistas del bronce en El Argar no supone ningún avance tecnológico, al no participar esta tecnología en labores productivas sino simbólicas, quedando pues

como un exponente de esa economía de prestigio que Friedman y Rowlands (1978) definen en otros grupos paralelos europeos.

Estas comunidades del Bronce Final de comienzos del I milenio presentan un alto componente pastoril poco especializado. Destaquemos por ejemplo el yacimiento del Cerro de la Encina de Granada (Molina, 1983: 113), donde la cría del cerdo sufre un fuerte retroceso en relación al periodo anterior en favor de ovejas y cabras seguidos de bóvidos. Igualmente en el Cerro del Real se da según sus excavadores un ambiente pastoril dominado por ovicápridos y muy por detrás suidos y bóvidos (Pellicer y Schüle, 1966: 26-28).

Los poblados con un patrón de asentamiento horizontal, sin jerarquización posible por el enorme distanciamiento entre ellos y con falta de una programación constructiva reflejan a nivel microespacial una dispersión de cabañas de grandes dimensiones (entre 6 y 12 metros de diámetro) en las que se encuentran telares, hogares y sectores de aprovisionamiento que indican unidades de producción basadas posiblemente en la familia nuclear con una clara economía de subsistencia y autárquica, al producirse en el seno de estos grupos casi todo lo necesario: vajilla doméstica, medios de producción, almacenamiento, etc., no encontrándose por el momento nada que permita atisbar una división social del trabajo que no sea la de edad y sexo. Los yacimientos que ilustran este panorama son el Cerro del Real, la Encina en Monachil (Arribas et alii, 1974), ambos en Granada, Cabezuelos en Ubeda, Jaén (Contreras, 1982) y Peñón de la Reina en Alboloduy, Almería (Martínez y Botella, 1980).

Las necrópolis nos son mal conocidas ya que contamos sólo con hallazgos aislados procedentes de las excavaciones de L. Siret en el Sureste y algunas recientemente publicadas en el Alto Guadalquivir. Concretamente los hallazgos de Caldero y las Alparatas de Mojácar, Qurénima y Barranco Hondo en Antas y Cabezo Colorado y Los Caporchanes en Vera (Siret y Siret, 1890), son necrópolis de incineración con urnas que contienen huesos quemados y cenizas, tapados con una gran fuente carenada y raramente con ajuar (exclusivamente objetos de adorno: brazaletes de bronce y pequeños anillos). Estas urnas se depositaron en grupo en grandes fosas comunes recubiertas de losas y tapadas con tierra a modo de túmulo.

Así pues estas necrópolis del Bronce Final del Sureste parecen estar en consonancia con el registro de los poblados, ya que no reflejan grandes

diferencias además de ser mayoritariamente colectivas. Igualmente la metalurgia que adquirió una importancia excepcional en la sociedad argárica como elemento de prestigio, apenas si está representada por algunos adornos y armas. En definitiva existe un estancamiento claro en las fuerzas productivas y una economía subsistencial destinada al consumo propio.

Este panorama persiste hasta mediados del siglo VII a.C. ya que la incidencia de la presencia semita en las costas del Sureste no parece tener un efecto dinamizador entre estas comunidades indígenas, al menos para el caso que conocemos excavado como es el Peñón de la Reina de Alboloduy (Martínez y Botella, 1980: 315). Este poblado perdura durante el siglo VII a.C. siendo abandonado sin que conozca más cambios que la presencia de ánforas fenicias y cerámicas a torno, pero nada nuevo en los patrones urbanísticos.

Finalmente, la falta de estudios y de excavaciones sistemáticas impide realizar hipótesis sobre la cultura ibérica en esta zona, donde la conocemos ya formada en las tierras interiores (Muñoz y Martínez, 1983) mientras las zonas costeras están controladas y explotadas por poblaciones semitas.

La Depresión de Ronda.

En esta zona del Noroeste de la provincia de Málaga venimos realizando trabajos de investigación desde mediados de la década de los 80 centrados en la excavación sistemática de Acinipo, prospecciones en la Depresión y las excavaciones de urgencia realizadas en el casco urbano de Ronda. Por último, el yacimiento de la Silla del Moro ha sido objeto de una campaña de excavación completando así el panorama que ofrecemos.

Después de una floreciente etapa del Bronce Pleno tanto en Ronda como en Acinipo, bien fechada por C14 en el siglo XVII a.C. no contamos con elementos del registro arqueológico para indagar la evolución de estas poblaciones hacia el periodo convencional Bronce Final. De tal manera que tanto en Ronda como en Acinipo existe un hiatus de poblamiento entre ambas fases que nos resulta difícil de explicar por el momento.

Así pues, hemos distinguido tres etapas cronológicas con desigual documentación de las mismas en la primera mitad del I milenio a.C.:

a) Una fase del Bronce Final Reciente, posiblemente anterior a la implantación de las colonias fenicias en el Sur peninsular y que a nivel

arqueográfico presenta ausencia total de cerámicas a torno (siglo IX- mediados siglo VIII a.C.).

b) Una fase orientalizante donde ya aparecen las primeras cerámicas a torno y se producen cambios a nivel de estructuras constructivas (mediados del siglo VIII a principios del siglo VI a.C.).

c) Una fase que correspondería ya al desarrollo urbanístico que documentamos en Silla del Moro, coincidiendo con el abandono de Acinipo, y que podríamos denominar Ibérico Antiguo (finales del siglo VI, comienzos del V a.C.).

Esta sistematización no implica fases históricas concretas, antes bien, constituyen partes de un proceso continuo de las poblaciones del Bronce Final de la Serranía hacia un modelo social de clases plasmado en el *oppidum* o ciudad ibérica.

El Bronce Final Reciente está parcialmente documentado dado que los conjuntos materiales pertenecientes a esta fase tanto de Ronda como de Acinipo no están asociados a estructuras constructivas, de no ser derrumbes o algún arco de cabaña redonda, lo que unido a la escasa extensión de su excavación por hallarse debajo de estructuras de la fase siguiente, nos impide contrastar de momento las hipótesis previas en base a lo documentado en otras zonas. Lo único evidente a nivel arqueográfico es que se trata de un Bronce Final con un marcado carácter local enraizado en los conjuntos materiales del Bronce Pleno.

El periodo orientalizante se inicia con la documentación de las primeras cerámicas a torno y la construcción de una serie de viviendas con sentido Suroeste-Noroeste formadas por cabañas redondas alineadas junto a otras de planta rectangular con ángulos redondeados. Ambas formas están orientadas al Sur y presentan un zócalo de piedras y hogar central de arcilla aplastada, escasamente elevado sobre el pavimento del suelo. Así mismo en sus entradas, una simple interrupción del muro perimetral, se conservaron pequeños porches trapezoidales empedrados.

Junto al típico ajuar de cocina, almacenamiento y uso doméstico, hallado en la parte trasera de las viviendas y en menor proporción en su interior, se documentan ánforas fenicias de tipología antigua, platos de barniz rojo y cerámicas policromas. Pero hemos de destacar que en estas viviendas aun predominan las cerámicas a mano sobre las de torno y que gran parte de los barnices rojos y cerámicas grises a torno son producciones

locales que imitan prototipos a mano del Bronce Final. Lo interesante es señalar que en un determinado momento y después de varias superposiciones de casas rectangulares y redondas individualizadas, se construye un ancho muro maestro a partir del cual se adosan muros rectos que constituyen habitaciones aglutinadas. El material de estas habitaciones es semejante al ya descrito pero con mayor proporción de torno sobre las cerámicas a mano. Es evidente que el contacto con los fenicios se manifiesta no sólo a nivel tecnológico con la introducción de la metalurgia del hierro documentada en esta fase, o la importancia que adquiere el torno sino también en el cambio de patrón urbanístico hacia estructuras más complejas y una mejor organización del espacio (Aguayo et alii, 1991: 568).

En los cortes abiertos en otras zonas de Acinipo para comprobar la extensión de esta fase también hemos documentado las cabañas y los materiales asociados presentan la misma composición, por lo que hemos de suponer que el área ocupada de este asentamiento es de al menos 10 hectáreas, aunque sospechamos que puede ser incluso mayor por la extensión de los materiales que se distribuyen en superficie.

En Ronda ciudad no hemos hallado estructuras como las de Acinipo pero la gran abundancia de materiales de tipología afín en una serie de niveles del casco antiguo nos confirma también la existencia de esta fase que de momento, con los sondeos realizados ocupa una extensión de unas 5 hectáreas (Aguayo, et alii, 1988: 16 ss.).

Relacionado con lo anterior, en las prospecciones realizadas hemos documentado una serie de yacimientos de pequeña extensión (nunca superan una hectárea) con materiales contemporáneos a la fase descrita. Hemos hallado 20 aldeas todas situadas en llano o pequeñas lomas en los valles de ríos y arroyos con una clara disposición de explotación agrícola al situarse en las tierras de mayor potencial.

El estudio antracológico centrado en un muestreo de 874 carbones procedentes de Acinipo de sus fases Bronce Pleno, Orientalizante e Ibérico Pleno ha dado una interesante lectura que no por aproximativa deja de ser relevante. En la fase que estudiamos son 16 taxones los que han sido descritos constituyendo la especie *quercus* (encinas, quejigos y alcornoques) la más representada (63%), pero destacando que el quejigo sólo lo está en un 1,2%, hecho que contrasta con el 15,75% en que estaba representado en el Bronce Pleno, lo que implica una tala importante de esta especie que

crece en valles y páramos ocupando las tierras que, tras su tala, son las más productivas agrícolamente. Por último la presencia de carbones de olivo y vid en esta fase implica la puesta en cultivo de estas especies, ya conocidas en el Bronce argárico del Sureste, pero que en esta zona se cultivan ahora con mayor presencia, tal vez debido a una demanda de los colonizadores fenicios (Rodríguez, Aguayo y Moreno, en prensa).

Ello ha llevado a plantear una intensificación agrícola en este periodo basada en el cultivo de cereales bien documentados en las estructuras de Acinipo, la vid y el olivo destinados tanto al consumo propio como a la exportación hacia los centros fenicios costeros, constituyendo Acinipo un centro desde donde se dirige la producción y se concentran los excedentes. Cabría preguntarse si esas aldeas constituyen comunidades campesinas dependientes de sitios como Acinipo o Ronda o si son comunidades segmentadas con una economía subsistencial, constituyendo aquéllos centros regionales de servicios e intercambios, pero sin lazos políticos de dependencia con éstas, de no ser las propias relaciones de parentesco que hemos descrito para el Alto Guadalquivir.

Falta por corroborar arqueológicamente la existencia de una dependencia política o de una aristocracia que controle el pretendido excedente, que sin duda existe por la enorme presencia de ánforas fenicias, una de ellas llena de restos de *garum*, dado que todas las casas presentan una igualdad absoluta y los únicos objetos de lujo hallados son cerámicas finas fenicias, rápidamente copiadas en los propios asentamientos de la Serranía.

No obstante, aun faltando algo tan importante como las necrópolis, y no haber encontrado en el registro nada diferenciador para aislar grupos sociales distintivos, el resultado de este proceso lo vemos ya en el siguiente periodo con la creación de un *oppidum* totalmente nuevo, previamente diseñado y una extensión de 17 hectáreas: la Silla del Moro.

Las fechas de C14 para la fase orientalizante de Acinipo son: 2770 ± 90 B.P. (820 ± 90 a.C.) para una cabaña circular y 2650 ± 90 B.P. (700 ± 90 a.C.) y 2640 ± 180 B.P. (690 ± 180 a.C.) ambas de la habitaciones aglutinantes que se superponen a las casas redondas y rectangulares.

Aunque un poco altas, hemos de tener en cuenta que constituyen una aproximación cronológica y según las cronologías de los centros fenicios de la costa irían más acordes con finales del siglo VIII y siglo VII a.C.

Recientemente se ha propuesto la vía de comunicación del Guadalhorce y la Serranía de Ronda como la alternativa terrestre al paso marítimo del Estrecho para llegar a Tartessos, como apuntara Avieno en su *Ora Maritima*. Según este autor la ruta enlazaba Tartessos con Malaka por las tierras interiores y según esta propuesta seguiría el valle del Guadalhorce, Depresión de Ronda y valle del Corbones hasta las tierras del Guadalquivir, lo que con la documentación aportada implica como hemos visto un fuerte contacto entre indígenas de la zona y fenicios, y aun con lagunas importantes en algunos tramos de esta ruta comienza a rellenarse el vacío de la misma con la documentación de Ronda (Aguayo, Garrido y Padial, en prensa).

Un hecho nos llama la atención al final de esta fase, y es que después de una clara evolución urbanística en las fases constructivas descritas de Acinipo, se vuelven a edificar cabañas circulares antes de que el sitio se abandone a mediados o finales del siglo VI a.C. y la población se establezca en la vecina mesa de Silla del Moro. Ello implica que los procesos de evolución urbanística no son unilineales, sino que ofrecen fases de estancamiento e incluso retrocesos como el observado aquí.

La tercera fase o Ibérico Antiguo corresponde a la creación de una ciudad con un perfecto trazado urbanístico que no es más que la expresión de la dominación de los grupos emergentes. No nos cabe la menor duda que el *oppidum* de Silla del Moro fechable a finales del siglo VI o comienzos del V con su enorme muralla en grosor y extensión, con torres y bastiones y el complejo sistema de entrada con calles enlosadas y grandes casas con patio implican un cambio cualitativo con respecto a las casas redondas y cuadradas del periodo anterior.

Es evidente que mientras Acinipo aparece ante nosotros como una aglomeración de estructuras de habitación sin gran complejidad interna, la Silla del Moro ofrece una lectura distinta con grandes contrastes espaciales, como hemos dicho, y su construcción va unida a la desaparición de las aldeas agrícolas orientalizantes. De ahí que consideremos a éste como una estructura urbana entendiendo por tal no sólo la concentración de poblaciones rurales sino como la expresión de las desigualdades sociales y la emergencia de un territorio político definido (Ruiz y Molinos, 1988: 57), integrándose en él centros de nueva creación como el recinto amurallado de Cerro de la Salina.

BIBLIOGRAFIA

- Aguayo, P., Carrilero, M., Flores, C. y Torre, M. del P., de la (1986): "El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). Un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución". *Arqueología Espacial* 9. Teruel, pp. 33-58.
- Aguayo, P., Carrilero, M. y Lobato, R. (1988): "Los orígenes de Ronda. La secuencia cultural según las primeras excavaciones". *Estudios de Ronda y su Serranía* 1, pp. 7-26.
- Aguayo, P., Carrilero, M. y Martínez, G. (1991): "La presencia fenicia y el proceso de aculturación de las comunidades del Bronce Final de la Depresión de Ronda (Málaga)". *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici. Roma 1987*. Roma, vol. II., pp. 559-571.
- Aguayo, P., Garrido, P. y Padial, B. (en prensa): "Una ruta terrestre alternativa al paso del Estrecho en época orientalizante. Constatación arqueológica". *II Congreso Internacional: El Estrecho de Gibraltar. Ceuta 1990*.
- Almagro Basch, M. (1952): "La invasión céltica en España". *Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal*, t. I, vol. II. Madrid.
- Almagro Gorbea, M. (1986): "Bronce Final y Edad del Hierro". *Historia de España*. vol. I. *Prehistoria*. Madrid.
- Arribas, A., Pareja, E., Molina, F., Arteaga, O. y Molina, F. (1974): *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro*

de la Encina”, *Monachil (Granada). El corte estratigráfico no 3. EAE 81*. Madrid.

- Arteaga, O. (1982): “Los Saladares 80. Nuevas directrices para el estudio del horizonte protoibérico en el Levante meridional y Sureste de la Península Ibérica”. *HA VI*, pp. 131-183.
- Bosch Gimpera, P. (1935): “Los celtas de la cultura de las urnas”. *ACFABA*.
- Cabo Martín, C. de (1988): *Teoría histórica del Estado y del Derecho Constitucional*. Vol. I. *Formas precapitalistas y Estado moderno*. Barcelona.
- Carrilero Millán, M. (en prensa): “El *oppidum* ibérico de castro del Río (Córdoba)”. *Homenaje a Elena Pezzi*. Almería.
- Contreras, F. (1982): “Una aproximación a la urbanística del Bronce Final en la Alta Andalucía. El Cerro de Cabezuelos (Ubeda, Jaén)”. *CPUG 7*, pp. 307-329.
- Cunliffe, B.W. y Fernández Castro, M.C. (1987): “Torreparedones (Castro del Río, Baena, Córdoba). Informe preliminar, campaña de 1987: prospección arqueológica con sondeo estratigráfico”. *AARqA 1987*, pp. 193-199.
- Friedman, J. (1977): “Tribus, estados y transformaciones”. Bloch, M. (comp.). *Análisis marxistas y Antropología Social*. Barcelona, pp. 191-239.
- Friedman, J. y Rowlands, M.J. (1978): “Notes towards an epigenetic model of evolution of civilisation”. Friedman, J. y Rowlands, M. J. (comps.). *The Evolution of Social Systems*. Londres, pp. 201-279.
- Macwhite, E. (1951): *Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península Ibérica en la Edad del Bronce*. Madrid.
- Maluquer, J. (1955): “El proceso histórico de las primitivas poblaciones peninsulares, I”. *Zephyrus VI*, pp. 145-169.
- Maluquer, J. (1970): *Tartessos*. Barcelona.
- Martínez Navarrete, M. I. (1989): *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*. Madrid.

- Martínez, C. y Botella, M.C. (1980): *El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería)*. EAE 112. Madrid.
- Martínez Santaolalla, J., Sáez, D., Posac Mon, C. y Soprani, J.A. (1947): *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II de la Bastida de Totana (Murcia)*. InfMem 19. Madrid.
- Mendoza, A., Molina, F., Arteaga, O. y Aguayo, P. (1981): "Cerro de los Infantes (Pinos Puente Provinz Granada). Ein Beitrag zur Bronze und Eisenzeit in Oberandalusien". *MM* 22, pp. 171-210.
- Molina, F. y Pareja, E. (1975): *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada)*. EAE 86. Madrid.
- Molina, F. (1977): *La cultura del Bronce Final en el Sudeste de la Península Ibérica. Resumen de tesis doctoral*. Universidad de Granada.
- Molina, F. (1978): "Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica". *CPUG* 3, pp. 159-232.
- Molina, F. (1983): *Prehistoria de Granada*. Granada.
- Morena López, J.A. (1990): "Asentamientos rurales de época tartésica en Baena". *VIII Congreso de profesores-investigadores*. Baena, pp. 471-486.
- Muñoz, F.A. y Martínez López, C. (1983): "Macián, un enclave ibero-romano en el Norte de Almería". *CPUG* 8, pp. 417-431.
- Murillo Redondo, J.F. (1989): "Aproximación al estudio del poblamiento protohistórico en el Sureste de Córdoba: unidades políticas, control del territorio y fronteras". *Fronteras. Arqueología Espacial* 13. Teruel, pp.
- Nocete Calvo, F. (1984): "Jefaturas y territorio: una visión crítica". *CPUG* 9, pp. 289-304.
- Pellicer, M. y Schüle, W. (1966): *El Cerro del Real (Galera, Granada. El corte estratigráfico IX)*. EAE 52. Madrid.
- Picazo, M. y Sanahuja, E. (1987): "El Bronce Reciente en el Sudeste de la Península Ibérica". Chapman, R. et alii (comps.). *Proyecto*

Gatas: Sociedad y economía en el Sudeste de España, 2500-800 a.n.e., I. La prospección arqueológica. B.A.R. International Series 348. Oxford, pp. 22-29.

- Rodríguez Ariza, M.O., Aguayo, P., Moreno Jiménez, F. (en prensa): "The Environment in the Ronda Basin (Málaga, Spain) during recent Prehistory based on an anthracological Study of Old Ronda".
- Ruiz Rodríguez, A. (1987): "Ciudad y territorio en el poblamiento ibérico del Alto Guadalquivir". *Coloquio sobre los asentamientos ibéricos ante la romanización*. Madrid, pp. 9-19.
- Ruiz Rodríguez, A. y Molinos Molinos, M. (1989): "Fronteras: un caso del siglo VI a.n.e.". *Fronteras. Arqueología Espacial* 13. Teruel, pp. 130-145.
- Ruiz, A., Molinos, M., López Rozas, J., Crespo, J., Choclán, C. y Hornos, F. (1983): "El horizonte Ibérico Antiguo del Cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén). Cortes A y F". *CPUG* 8, pp. 251-299.
- Ruiz, A., Molinos, M., Machado, R., Egea, M.C. y Ortiz, S. (1987): "Prospección superficial en la cuenca del Arroyo salado de los Villares (Jaén)". *AArqa* 1987. Vol. II. *Actividades sistemáticas* pp. 139-147.
- Siret, L. (1893): "L'Espagne préhistorique". *Revue des Questions Scientifiques* XXXIV, pp. 489-562.
- Siret, L. (1913): *Questions de chronologie et d'Ethnographie Ibériques*. Vol. I. *De la fin du Quaternaire a la fin du Bronze*. Paris.
- Siret, H. y Siret, L. (1890): *Las primeras edades del metal en el Sudeste de España*. Barcelona.
- Vicent, J.A. (1982): "Las tendencias metodológicas en Prehistoria". *TP* 39, pp. 9-53.
- Wagner, C.G. (1983): "Aproximación al proceso histórico de Tartessos". *AEspA* 56, pp. 3-36.
- Whittaker, C.R. (1974): "The western Phoenicians: colonisation and assimilation". *PCPhS*, 200, n.s. XX, pp. 58-79.